

El tránsito del movimiento feminista urbano, de los sesenta al protagonismo de la mujer rural latinoamericana en los noventa

*Guillermo Alejandro D'abbraccio
Profesor Universidad Nacional de Colombia
Sede Manizales*

*¿Qué es el hombre? Es un lugar de enojoso sufrimiento... un juguete
del destino... un teatro de angustia y desesperanza.*

Gunter Grass

*La teoría del inductor de la diferenciación sexual nos recuerda que somos
las primeras en la filogénesis, que el embrión indiferenciado no es tal
sino femenino, que Eva no nace de Adán sino viceversa, que las diosas
madres precedieron a los dioses padres, que la libido no es masculina,
que la biología es el sustrato sobre el que se asienta lo cultural y que no
hay que renunciar o renegar de lo biológico sino vindicarlo.*

Victoria Sau

En la literatura anglosajona encontramos los primeros vestigios de la enunciación de la palabra "género", a partir de la aproximación desde la construcción social de las diferencias sexuales, de donde se derivaron otras construcciones, tales como los imaginarios colectivos, los modelos de socialización y las instituciones sociales. Es de aclarar que la noción de "género" no se corresponde desde una perspectiva etimológica en las diferentes lenguas.

Sin embargo, la conceptualización de género ha presentado a lo largo de la historia de la humanidad diferentes períodos, unos de continuidad y otros de ruptura. Al respecto, la investigadora Ángela María Estrada señala tres grandes momentos de esta noción desde matices importantes para analizar, a saber: el sistema sexo/género, en el que se recoge la influencia de la obra de Gayle Rubin, quien en 1975 publicó un artículo que causó enorme controversia (*"El tráfico de mujeres: notas sobre la economía política del sexo"*), desde esta perspectiva, la propuesta de Rubin contribuyó a *"desnaturalizar nuestra concepción cultural de la feminidad -reificada con el aporte de los relatos científicos-, desarticuló la red de relaciones sociales en la cual se construye la feminidad, al ser heredera de una concepción marxista del poder, entendido como el medio de dominación absoluto de unos sobre otros, aunque sin duda abriendo la mirada exclusiva de las relaciones de clase"*. (Estrada; 1997: 37).

Nos importa aquí observar la transición ocurrida entre una perspectiva de una corriente que en el siglo XX se asociaría a los movimientos de los derechos civiles en Norteamérica, en ámbitos predominantemente urbanos y universitarios, hasta llegar a la incidencia de la mujer en las movilizaciones campesinas en la América Latina de los noventa.

Un segundo momento de la conceptualización de género es ubicado en la firme creencia de que una mirada sobre la mujer, necesariamente conllevaría a una mirada

sobre el hombre. Desde esta óptica, el género es asumido como categoría relacional. En *"Cultural feminism versus poststructuralism: the identity crisis in feminism theory"* un artículo que produjo un gran debate, Linda Alcoff establece una interesante distancia entre una esencia femenina inexistente y la naturaleza situada del sujeto -y dentro de éste a las mujeres concretas en momentos particulares de la historia, con lo cual el género adquiere valor posicional. (Cfr. Estrada; 1997: 38).

Un tercer momento, que Ángel Estrada denomina "las tecnologías y la deconstrucción del género", en el que se articula la noción de experiencias como prácticas concretas de subjetivación, desde la necesidad de reencontrar el valor político del feminismo, más allá de luchar a favor o en contra de la mujer,

sino de *"reconstruir posiciones concretas socio-históricas, para realizar desde ahí una crítica de los discursos científicos y la representación imaginativa de nuevos espacios y formas de comunidad."* (Idem).

La radicalización del movimiento feminista puede ser analizado como un proceso que algunos investigadores sitúan en 1789, y otros a finales del siglo XIX¹.

1 Para Victoria Sau, la revolución francesa es un punto de partida de la historia del movimiento feminista *«Desde el feminismo romántico de Mary Wollstonecraft y Olympia de Gouges, desde el feminismo utópico de Flora Tristán, desde el feminismo humanista burgués de las norteamericanas de Séneca Falls en 1848, desde el feminismo parlamentarista de principios de siglo que ponía su confianza en el sufragio universal, desde el feminismo de entreguerras que quiere «liberar» a la mujer profesionalizándola y haciéndola independiente, hasta el feminismo de hoy, en la teoría y en la práctica se ha avanzado mucho»*. En SAU, Victoria. El lesbianismo, ¿una alternativa política? En Revista El Viejo Topo. Número 35. Barcelona.

Nos importa aquí observar la transición ocurrida entre una perspectiva de una corriente que en el siglo XX se asociaría a los movimientos de los derechos civiles en Norteamérica, en ámbitos predominantemente urbanos y universitarios, hasta llegar a la incidencia de la mujer en las movilizaciones campesinas en la América Latina de los noventa. Nos interesa aquí entender ese largo camino, no exento de obstáculos ni de cismas ideológicos.

Las raíces del feminismo contemporáneo, pueden ser rastreadas en diversos movimientos, inicialmente de ideología liberal que en los años cincuenta y sesenta reivindicaron el principio de igualdad de derechos de todos los ciudadanos, en la búsqueda de la abolición de todo tipo de discriminación. El significativo movimiento liderado por Martin Luther King enfrentado a la mentalidad racista del norteamericano promedio, creció en legitimidad y deja una herencia fundamental para el movimiento feminista.

El llamado movimiento feminista de los años sesenta y setenta, se articuló a procesos sociales de invaluable importancia, tales como el acceso de la mujer a la educación formal superior. Así mismo, el carácter originario norteamericano del feminismo marcó a toda una generación en el mundo occidental (recordemos el movimiento de los derechos civiles y el SDS). Al respecto el sociólogo español Paramio considera que los aspectos neurálgicos que dieron lugar a esta situación, se encuentran en conquistas y reivindicaciones que dejaron huellas y marcaron el camino señalado,

Empero, el sector más radicalizado del feminismo ha ido perdiendo fuerza, y, a cambio, un moderado, pero no por ello menos significativo, sector del movimiento sigue presente.

posteriormente: *“La clave sociológica estaba en el acceso a la enseñanza superior, la clave ideológica en la tradición liberal de la igualdad de derechos, la clave política en una movilización previa, la lucha contra la discriminación racial”.* (Paramio; 1990: p. 243).

Sin embargo, el movimiento feminista presentaría muy pronto serias fisuras en su interior, producto de la confrontación entre el *feminismo de la diferencia*, el cual reivindicaba un mundo de las mujeres, separado del los hombres, reafirmando valores como sensibilidad, afectividad y menor grado de agresividad y competitividad, y el *feminismo de la igualdad*, que impulsa la igualdad de las mujeres en un mundo “masculino” y busca la reivindicación de los derechos políticos y civiles y la igualdad salarial.

El estereotipo de la época -especialmente de parte de la mentalidad masculina- se basaba en asociar al feminismo con propuestas tales como la emancipación sexual, la crítica de la familia y la maternidad, banderas ideológicas que identificaban con tal movimiento. Empero, el sector más radicalizado del feminismo ha ido perdiendo fuerza, y, a cambio, un moderado, pero no por ello menos significativo, sector del movimiento sigue presente.

El feminismo de los noventa gira en torno de cuestiones aparentemente más pragmáticas, articuladas a necesidades de la mujer en cuestiones de los ámbitos familiar, laboral o jurídico. Organizaciones como la liga de consumidores, asociaciones de amas de casa -los que a

partir de su propio nombre indican autodiscriminación femenina-, organizaciones de madres comunitarias, entre otros... promueven espacios de interacción y de intervención social de la mujer como agente activa en su propio desarrollo y en las demandas significativas de sus ámbitos más significativos y próximos.

Si bien la participación de la mujer en organizaciones y movimientos con objetivos específicos, no sólo atañe al ámbito urbano, es necesario precisar que nos interesa abordar la participación política y social de la mujer campesina, ya sea en expresiones espontáneas de movilización social o en movimientos fuertemente articulados a proyectos de largo plazo y de cierta tradición histórica.

En otro extremo, el caso de las madres de la plaza de mayo marchando todos los jueves en Buenos Aires desde 1978 frente a la sede del gobierno o casa rosada, reclamando por sus hijos desaparecidos a partir del accionar represivo de la dictadura militar en la denominada «guerra sucia» en la Argentina de los setenta, se ha convertido en el «paradigma» de la presencia política femenina en el mundo contemporáneo.

Tras veintidós años de organización y de continuidad, pese a los obstáculos y a las amenazas del terrorismo de Estado, las madres de los pañuelos blancos -y ahora también las abuelas de plaza de mayo reclamando por los nietos desaparecidos- siguen perseverando en su objetivo inicial, sin importarles el hecho de haberse convertido en bandera emblemática de una terca lucha en contra del olvido y de

las traiciones de la memoria colectiva. En Colombia, la organización de las madres de los soldados y policías secuestrados por la guerrilla, si bien no constituye un ejemplo de organización con parámetros ideológicos tan claros como en Argentina -recordemos que Hebe de Bonafini, líder de las madres de plaza de Mayo, se ha declarado en innumerables ocasiones como militante de izquierda-, si es justo atribuirles una continuidad en sus luchas por obtener tanto del gobierno atención a su caso, como a la guerrilla, pedirles constantemente pruebas de supervivencia de sus hijos secuestrados.

Aunque el contexto político entre la Argentina en la que surgieron las madres y la de los uniformados en Colombia, es notoriamente distinto, se observa un punto de coincidencia en el hecho en que tanto las madres colombianas como las argentinas denuncian flagrantes violaciones a los derechos humanos universales.

Estos dos movimientos se tornan en algunas de las expresiones urbanas de mayor significación dirigidas por mujeres en las urbes latinoamericanas. Obviamente en las favelas de Río de Janeiro, en las barriadas jóvenes de Lima, en las villas míseras de Buenos Aires, en las comunas de Medellín o en los ranchos de Caracas, encontramos significativas expresiones de organizaciones barriales y comunales, en las que la presencia femenina es significativa.

La capacidad de consumo de las asalariadas se ha deteriorado en América Latina en los últimos veinte años (Girola. 1996: 25). La pauperización masiva provocó círculos viciosos que contribuyeron a empeorar aún más las condiciones reproductivas. Los bajos salarios para el trabajo femenino imponen la extensión de

las horas de trabajo a costa de la salud, situación que es agravada por los largos viajes, muchas veces de varias horas al día, en medios de transporte repletos e inadecuados. (Muller, Evers y Plantenberg; 1987: 17).

Desde una perspectiva histórica, la industrialización fomentada por el modo de producción capitalista socavó la esfera doméstica en los últimos veinte años, y la mujer se convierte en "ciudadano de segunda categoría" al ser relegada a un papel de auxiliadora del hombre, y en el caso de obtener un empleo remunerado fuera del hogar, a recibir ingresos muy inferiores a los de los varones en igual ambiente laboral. De este modo, la discriminación se sustentaría en el supuesto de que la mujer gana menos que el hombre para un trabajo igual porque el sitio de la mujer es la casa, y en la casa, la mujer queda relegada a desarrollar las labores domésticas. Sin embargo, por esa ardua acción al interior del hogar no recibe compensación salarial alguna.

En Colombia la discriminación de la participación femenina en la dirigencia de partidos políticos, sindicatos e instituciones del Estado, ha sido una constante. El machismo y la perspectiva masculina excluyente de las organizaciones políticas en Colombia, reafirma un prejuicio hacia la mujer, así como al homosexual. En este último aspecto es importante anexar una

Estos dos movimientos se tornan en algunas de las expresiones urbanas de mayor significación dirigidas por mujeres en las urbes latinoamericanas. Obviamente en las favelas de Río de Janeiro, en las barriadas jóvenes de Lima, en las villas míseras de Buenos Aires, en las comunas de Medellín o en los ranchos de Caracas, encontramos significativas expresiones de organizaciones barriales y comunales, en las que la presencia femenina es significativa.

información que, a manera de anécdota, relata en uno de sus artículos una investigadora española radicada en Colombia: «Cierta vez un dirigente sindical colombiano llegó a una reunión con el pelo recogido en una pequeña coleta y la reunión se interrumpió para decirle que eso no era serio». (García; 1998: 89).

Situación tal vez distinta la constituye la participación de la mujer en organizaciones barriales, comunales, no gubernamentales, etc., aporte

considerado valioso e ineludible por hombres (sus pares de lucha).

MUJER RURAL Y PARTICIPACIÓN SOCIAL

A principios de enero de 1995, durante las primeras jornadas de la rebelión producida en Chiapas por el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), televidentes de hispanoamérica pudimos observar la aparición de una enorme movilización indígena en el sur de México, solidarizándose y apoyando fervientemente el surgimiento de ese grupo guerrillero.

En dichas manifestaciones de apoyo era notoria la presencia mayoritaria de mujeres, quienes con sus hijos en brazos o de la mano, marchaban airadamente denunciando las inequidades e injusticias sociales de las que han sido objeto los

habitantes de esa región, en la que se encuentra la mayoría de los pobres de aquel país. Nos referimos a la frontera entre México y Guatemala, en donde se concentra la mayor población indígena de América Central.

No es una novedad la presencia de grandes y significativos contingentes de mujeres reclamando reivindicaciones junto a los hombres. El papel femenino en la organización de los movimientos sociales, ha crecido y ha conquistado nuevos espacios de participación. El caso del movimiento zapatista en el sur mexicano, es apenas un reflejo del grado de organización y la construcción de espacios de reflexión e intervención que las mujeres han realizado como factor de reivindicación y conquista de derechos fundamentales.

Sin embargo, las expectativas de poder al interior de una organización comunitaria o movimiento social en el campo son siempre asimétricas. Las mujeres campesinas, así como las obreras y las trabajadoras independientes, se encuentran en posiciones desventajosas para asumir y liderar tales organizaciones y movimientos, ya que en su gran mayoría no poseen cualificación tecnológica o formación profesional suficientes para competir de igual a igual con los hombres en el mercado laboral. Y en períodos de recesión como los que se viven en el tercer mundo, dicho desequilibrio se observa con mayor notoriedad.

La dependencia económica es el enemigo más enconado que encuentran las mujeres campesinas para participar activamente en las políticas comunitarias que les competen. Otra consideración es que es mucho mayor el número de viudas que viudos en el campo, puesto que estadísticamente la longevidad es más alta

en las mujeres que en los hombres. Este aspecto es significativo para la socióloga Emma Zapata, ya que *«en muchos casos las mujeres campesinas trabajan la tierra pero no poseen títulos de propiedad. Esto significa que después de años de trabajo, pueden quedar en completo desamparo»*. (Zapata; 1996: 51).

Bajo una creciente y masiva pauperización social, las expresiones de luchas populares en América Latina presentan una dinámica propia en cada movimiento más allá de si existen o no una organización y una orientación -políticas y sociales sólidas-. Es innegable el protagonismo que asume la mujer, aún cuando en dicho accionar se reflejen discriminaciones de género tales como el hecho de que son ellas quienes hacen las labores de preparación de comidas a los manifestantes y alzados en rebeliones campesinas, así como el cuidado de los niños en períodos de alta tensión y confrontación con las fuerzas represivas estatales.

Es necesario, por lo tanto, que se fomente en América Latina la construcción de proyectos que superen el modelo neoconservador, el cual ha fomentado la ausencia de solidaridad social y la apatía e indiferencia política. Pensar un nuevo país precisa ubicar a la mujer como actor social con enorme incidencia en las estructuras familiares, barriales y comunales.

Finalmente, es pertinente entender las relaciones de participación de los géneros como un espacio abierto a la interacción de las miradas, ya no desde una perspectiva única e inamovible, sino desde las identidades que se reconstruyen en espacios cotidianos y comunes a ambos géneros. Diariamente, nos movemos en diversidad de redes sociales y vivenciales

en las que se cruzan diferentes lógicas y sentidos de vida. La participación no implica exclusión de géneros, sino construcción de acuerdos en la diferencia, con miras a posibilitar la convivencia colectiva y el bien común. Se requiere ver al otro, no como un extraño y un peligro para nuestros intereses -visto desde una perspectiva a la defensiva de género-, sino como un sujeto portador de un capital cultural y simbólico significativo. De esa manera, iremos conformando y consolidando una verdadera cultura de la participación política abierta a todos los actores sociales, sin restricciones ni discriminaciones de género.

BIBLIOGRAFÍA

ALCOFF, Linda. *"Cultural feminism versus poststructuralism: the identity crisis in feminism theory"*. En: "Signs" N. 13 (3) 1988. Pp 405-436.

GARCÍA RAYA, María Eugenia. *Comunicación Política y Organizaciones Sociales*. En: Revista Signo y Pensamiento, número 32. Universidad Javeriana. Bogotá. 1998.

MULLER, C. EVERS, T. y PLANTENBERG. *Movimientos Sociales y Estado*. CINEP. Bogotá. 1987. P. 17.

PARAMIO, Ludolfo. *Tras el diluvio. La izquierda ante el fin de siglo*. Siglo veintiuno editores. Buenos Aires. 1990.

SAU, Victoria. *El lesbianismo, ¿una alternativa política?*. En: revista El Viejo Topo número 35. Barcelona, Agosto de 1989. P. 62-65.

VARGAS, Rosa Margarita. *Nuevos enfoques de desarrollo social y planeación en el sector agropecuario. La política para la mujer rural*. En VARIOS AUTORES. Familia y política social en la década de los noventa. Facultad de Desarrollo Familiar. Editorial Universidad de Caldas. Manizales. 1996. Pp. 130-148.

ZAPATA, Emma. *Neoliberalismo y mujeres rurales en México*. En VARIOS AUTORES, Op. Cit. pp 52-71.



Damas en el jardín - Claude Monet

